

JUAN PABLO FUSI  
Historiador y coautor de «De la dictadura a la democracia»

# De Sanjurjo a Franco

El historiador Juan Pablo Fusi analiza en este artículo cómo la «sanjurjada» fue el precedente del alzamiento del 18 de julio y explica qué hay que hacer para que no prospere la «tejerada».

Casi desde el momento en que se vio que el intento de golpe de Estado del teniente coronel Tejero fracasaba, se estableció un paralelismo directo entre los sucesos del pasado 23 de febrero y los que tuvieron lugar el 10 de agosto de 1932 protagonizados por el general Sanjurjo. La idea es que el frustrado conato golpista de Tejero sea a la actual experiencia democrática española lo que la «sanjurjada» fue a la II República: simplemente un primer ensayo en el camino hacia la instauración de un régimen militar y autoritario. También el general Sanjurjo, como ahora el teniente coronel Tejero, fracasó; pero a su gesto siguió, cuatro años después, un levantamiento militar en toda regla.

Evidentemente, la constatación de las diferencias entre la España de hoy y la de 1936 basta para que muchos piensen en la imposibilidad de una repetición de los hechos. Pero la duda permanece. Y permanece fundamentalmente por una razón: porque existe la convicción generalizada de que el Ejército, aún respetuoso con el orden legal y leal al Rey, no se siente emocionalmente identificado con la democracia.

## Oportunidad óptima

En 1932, después del fracaso del intento del general Sanjurjo, existió —como ahora— una oportunidad óptima para haber consolidado la democracia. Los meses que siguieron al agosto de 1932 vieron un renacimiento del ilusionado espíritu democrático de abril de 1931. Pero la oportunidad que siguió a la «sanjurjada» no fue aprovechada; pasada la euforia posgolpista, todo pareció concitarse para hacer naufragar la experiencia republicana. El fracaso de Sanjurjo se trocó en unos años en la victoria de



José Sanjurjo.

Franco. Lejos de consolidarse, la democracia se fue gradualmente descomponiendo. Y, simplificando al máximo, diría que en ello fueron cruciales los siguientes puntos:

1. La aparición de una derecha de masas. La CEDA, no republicana, autoritaria, corporativista y dispuesta a servir de apoyo social a posibles soluciones antidemocráticas. Interesa poco a estas líneas determinar la responsabilidad que en la aparición de la CEDA pudo tener la desacertada política que en muchos puntos (Iglesia, Ejército, etcétera) realizó la izquierda en el poder en 1931-33. Es bastante indicar que esa política hizo inviable la formación de una derecha conservadora republicana y no golpista. Lo fundamental ahora es señalar el espíritu antirrepublicano y antidemocrático que inspiró la gestión de los Gobiernos centro-derechistas, con la CEDA como eje, de 1934-36. La CEDA, ciertamente, no rompió la legalidad republicana; pero usó esa legalidad para rectificar sustancialmente la esencia democrática de la República. Hacerlo fue, sin duda, una provocación.

2. La no existencia de

un fuerte partido de centro netamente republicano, debido a las profundas divisiones del republicanismo, motivadas más por doctrinarismos y faccionalismos personales que por diferencias ideológicas y programáticas.

## Radicalización

3. La radicalización del Partido Socialista después de la derrota electoral de 1933. Después de considerados todos los factores que en ello concurrieron (golpes fascistas en Alemania y Austria, reacción patronal, paro, irresistible ascensión de la CEDA, etcétera), queda lo que reiteradamente dijeron los dirigentes socialistas, que la decepción que les había producido la experiencia de 1931-33 había llevado al PSOE a rechazar la República «burguesa» y el reformismo. La democracia malamente puede estabilizarse sin una derecha liberal y sin un centro estable; pero tampoco sin una alternativa de izquierda moderada. La revolución de 1934 hizo irreversible la polarización de la sociedad española.

De manera que la crisis de la República entre 1932 y 1936 fue una crisis esencialmente política, una crisis de los partidos y del sistema. Otras circunstancias agravaron la situación: el conato revolucionario de la CNT, en 1933; el choque Generalitat-Madrid, en 1934; la destitución del presidente Alcalá-Zamora, en 1936; la «sangría constante del orden público» —en palabras de Prieto— con la primavera de aquel año (en parte lisa y llanamente provocación fascista). Pero una democracia no se quiebra, cualesquiera que sean los problemas con que se enfrenta, si no hace crisis la solidez y estabilidad de su sistema de partidos. Es

sumamente difícil que se destruya una democracia que es capaz de proporcionar Gobiernos eficaces y estables, de asegurar la tranquilidad y la convivencia ciudadana, de garantizar la continuidad ordenada de la vida política a través de alternativas de gobierno responsables, de proceder a una justa y firme aplicación de la ley en defensa del orden. La CEDA no quiso ser la derecha moderada de la II República: quiso desvirtuar antidemocráticamente aquel régimen. El PSOE de 1934 no quiso ser una alternativa democrática de gobierno: quiso desbordar los cauces de la democracia liberal.

## Destrucción

Lo que ocurrió entre la «sanjurjada» y 1936 fue un proceso de destrucción de la legitimidad del régimen republicano. Sin ese proceso, Franco o no se hubiera alzado o habría tenido muy escaso respaldo. Lo fundamental es que Sanjurjo no hizo inevitable a Franco. Franco no era inevitable: lo trajeron la apuesta militarista de la derecha española y el suicidio revolucionario de la izquierda.

El levantamiento militar de 1936, como el de 1923, no fue una cuartelada improvisada ni una pirueta afortunada de espadones banderizos, como lo fueron los pronunciamientos de XIX, y como, en el fondo fue la «sanjurjada». Aquéllas fueron intervenciones del Ejército en tanto que institución como respuesta a crisis evidentes y profundas del sistema político, intervenciones, claro está, anticonstitucionales e ilegales. Pero es un hecho que la idea de intervención militar en caso de quiebra del sistema político forma parte de la teoría del Ejército español, una teoría que piensa en el Ejército como último depositario y garante de la voluntad nacional. Dicha teoría marca, ciertamente, límites a la democracia en España. Y la respuesta es clara: prestigiar el poder civil, esto es, hacer que la democracia sea garantía de los principios de libertad, estabilidad, autoridad y orden que toda sociedad necesita.

Esa es una tarea que compete principalmente a la clase política. Y ésa es la tarea que tiene que acometer con urgencia la democracia española. Si lo logra, el 23 de febrero quedará sólo como el prólogo esperpéntico de una semana de carnaval, no como el aldabonazo siniestro que anunció otra larga era de desolación y horror.

## FORGES

